
La Comédiathèque
FUERA de JUEGO
Jean-Pierre Martinez
comediatheque.net

Este texto puede leerse y descargarse gratuitamente.
Toda representación pública, profesional o amateur, incluso gratuita, requiere autorización previa y el pago de los correspondientes derechos de autor. Solicitar autorización:
https://jeanpierremartinez.net/es/contacto/

Fuera de juego

Jean-Pierre Martinez

Cinco desconocidos sin nada en común despiertan encerrados en un lugar que no reconocen. ¿Quién los ha llevado hasta allí? ¿Y por qué?
La llegada de sus dos secuestradores plantea más preguntas de las que responde. Para sobrevivir, los rehenes tendrán que dejar de lado sus diferencias, aprender a jugar en equipo y tratar de llegar, por lo menos, a la prórroga.
Sin que les piten fuera de juego…

Personajes

Fred: humorista en paro (hombre o mujer)
Manu: cocinero y dueño de un restaurante (hombre)
Alex: cargo político ecologista (género deliberadamente ambiguo)
Carla: prostituta (puede representarse como un personaje trans)
Béatrice: monja
Alpha: extraterrestre (masculino)
Oméga: extraterrestre (femenino)

7 personajes
Repartos posibles:
2 hombres/5 mujeres, 3 hombres/4 mujeres, 4 hombres/3 mujeres, 5 hombres/2 mujeres

© La Comédiathèque

Al fondo del escenario, Manu (hombre), Fred (hombre o mujer; aquí, mujer) y Alex (aparentemente mujer) yacen inconscientes en tres sillones futuristas. Fred, poco agraciada y vestida con ropa informal a la última moda, se despierta primero. Se frota los ojos, se incorpora y contempla el lugar sin comprender dónde se encuentra. Se levanta poco a poco, tambaleándose como si tuviera resaca. Cuando recupera el equilibrio, la sorpresa aumenta. Repara entonces en los dos cuerpos que ocupan los otros sillones y empieza a inquietarse. Busca una salida por toda la habitación, sin encontrarla. Mientras está de espaldas, Manu despierta y se pone de pie, tan desorientado como ella. Es un hombre rudo, machista, de vestimenta convencional. Fred se vuelve, lo descubre y da un salto de terror.

Fred – ¡No se acerque! ¡Le advierto que sé karate!

Manu se sorprende igualmente, pero no parece asustado.

Manu – ¿Usted quién es?

Fred *(vacilando)* – No lo sé. Bueno, sí que sé quién soy, pero… ¿dónde estamos?

Manu – En mi casa no estamos, eso seguro. *(Mira alrededor.)* ¿Y en la suya? ¿Seguro que no es su casa?

Fred – Me daría cuenta, ¿no? Y, además, ¿qué haríamos juntos en mi casa?

Manu – Eso mismo me pregunto yo…

Fred – Y tampoco estamos solo los dos.

Fred señala el tercer cuerpo, desplomado en el último sillón. Manu lo descubre.

Manu – ¿Lo conoce?

Fred se acerca y se inclina cautelosamente hacia Alex.

Fred – Parece una mujer, ¿no?

Manu se acerca también.

Manu – Puede ser…

Fred – ¿Cree que está muerto?

Manu sigue examinando la habitación.

Manu – ¿Quién?

Fred *(señalando el cuerpo)* – ¡Este! O esta…

Manu – ¡Y yo qué sé! No soy médico forense.

Fred – ¿Y ahora qué hacemos?

Manu – Pruebe a hacerle el boca a boca. Si es la Bella Durmiente, a lo mejor se despierta.

Fred – ¿Y si es un hombre…?

Manu – Si es un hombre y le planta un buen morreo, seguro que también se despierta.

Fred – Puede que nos hayan drogado…

Manu la mira, perplejo.

Manu – Ya está bien. Yo me largo.

Se encamina hacia un lateral.

Fred – No hay salida…

Manu – Eso ya lo veremos. He echado abajo más de una puerta en mi vida.

Fred – No me extraña. Se le ve capaz de echar abajo una puerta. Incluso una que estuviera abierta. *(Manu busca por ambos lados.)* El problema es que aquí… ¡no hay ni una!

Manu se queda desconcertado.

Manu – ¿No hay puerta? ¿Cómo puede ser?

Comprueba una última vez y debe rendirse a la evidencia.

Fred – Ni puertas ni ventanas.

Manu – ¡Quien nos haya traído habrá tenido que entrar por algún sitio!

Fred – ¿Cree que alguien nos ha traído aquí?

Manu – ¿Recuerda haber venido usted solita?

Fred – No…

Manu – Pues alguien tuvo que traernos. Es pura lógica.

Fred – ¿Lógica? Lo que no tiene lógica es que estemos aquí los dos. Bueno, los tres…

Pausa.

Manu – ¿Para qué iban a drogarnos?

Fred – No lo sé. Explicaría que no recordemos nada.

Manu – ¿Ah, sí…?

Fred – Leí algo sobre una droga llamada GHB.

Manu – ¿GHB?

Fred – La droga de los violadores.

Manu – Veo que usted entiende de drogas… ¿La droga de los qué?

Fred – La que algunos violadores echan en la bebida de sus víctimas. En una discoteca, por ejemplo: un poco en un whisky con cola. Quedan indefensas y luego no recuerdan nada. ¿No me habrá drogado usted, por casualidad?

Manu – ¡Está usted loca! Yo no piso las discotecas. ¡Estoy casado, para que lo sepa! ¿Y si fuera usted quien me ha drogado a mí?

Fred – ¿Pero qué dice? ¿Para qué haría yo eso?

Manu – Prefiero no saberlo.

Fred – Si lo hubiera drogado, me acordaría.

Manu – No si usted también bebió.

Fred – ¿Bebí qué?

Manu – ¡Esa porquería! ¡El whisky con cola!

Fred – Yo diría que nos han drogado a los dos.

Manu – ¿Y por qué a mí? Los violadores suelen ir detrás de las mujeres, ¿no? Desde luego, no de tipos como yo…

Fred señala el tercer cuerpo.

Fred – También está ella.

Manu – Ni siquiera sabemos si es mujer… Podríamos despertarla y preguntárselo.

Fred – ¿Preguntarle si es mujer?

Manu – ¡Preguntarle si sabe algo!

Fred se acerca al cuerpo y lo zarandea suavemente.

Fred – Oiga… ¿Me oye?

Manu suspira, exasperado.

Manu – Quite, ya lo hago yo. *(Sacude el cuerpo con violencia y grita.)* ¡EH! ¡¿ME OYE?!

Alex despierta sobresaltada y se pone en pie de un salto.

Alex – ¡No he sido yo, se lo juro!

Alex puede interpretarse como un hombre afeminado o una mujer de apariencia masculina. Lleva traje de chaqueta y pantalón de aire ejecutivo. La ambigüedad sobre su sexo debe mantenerse; en estas indicaciones de escena la trataremos como mujer. Está despierta físicamente, pero se mueve y habla al principio como una sonámbula.

Alex – Perdonen… He debido de tener una pesadilla. Ustedes no me hagan caso… Voy a refrescarme un poco.

Recorre la habitación sin encontrar una sola puerta.

Alex – ¿Podrían decirme dónde están los servicios?

Fred – ¿Los de hombres o los de mujeres?

Alex la mira sin comprender. Manu amaga un aplauso por la delicadeza de la pregunta.

Manu – No hay servicios.

Alex – Ya veo… Una compañía de bajo coste. Mejor vuelvo a dormirme. ¿Me despiertan antes de aterrizar?

Fred y Manu cruzan una mirada sorprendida. Alex se dispone a sentarse otra vez.

Fred – Le aseguro que no estamos en un vuelo de bajo coste.

Alex los mira con curiosidad.

Manu – Y lo más probable es que ni siquiera estemos en un avión.

Alex – Comprendo…

Parece recuperar poco a poco el contacto con la realidad. Puede ponerse de nuevo las gafas.

Alex – Entonces, ustedes tampoco son azafatas.

Manu – Eso es.

Alex *(angustiada)* – Entonces… ¿dónde estamos?

Fred – Esperábamos que nos lo dijera usted.

Alex vuelve a recorrer el escenario, cada vez más histérica.

Manu – Déjelo. No hay salida.

Alex – ¿No hay salida? ¡Y yo que soy claustrofóbica! *(Desaparece por un lateral. Se la oye golpear una pared a gritos.)* ¡Déjenme salir!

Manu pone los ojos en blanco e indica a Fred que vaya a buscarla. Fred regresa sujetando a Alex del brazo.

Fred – Tranquila, todo irá bien…

Alex – Lo siento. No sé qué me ha pasado.

Fred – Entonces tampoco sabe usted qué hacemos aquí los tres.

Alex – ¿Ustedes dos se conocen?

Manu – No.

Fred – Ya que estamos, presentémonos. Quizá así descubramos por qué nos han secuestrado.

Alex – ¿Cree que estamos secuestrados?

Manu – No hemos venido por voluntad propia, y no podemos irnos. Llámelo como quiera.

Fred – Me llamo Fred. Viene de Frédérique. ¿Y usted?

Alex – Alex.

Fred – ¿Y Alex es abreviatura de…?

Alex – Alex, a secas.

Fred – Ya, comprendo…

Alex – ¿Y usted?

Manu – Manu. De Emmanuel.

Fred – Igual se dedican a secuestrar a gente con nombres abreviados…

Alex – ¿Quiénes?

Fred – Ellos… Los que nos han traído aquí. Alguien habrá tenido que hacerlo, ¿no?

Manu – Pero ¿para qué nos han secuestrado? Esa es la cuestión.

Fred – Puede que tenga que ver con nuestros trabajos.

Manu – ¿A qué se dedica usted?

Fred – Soy… cómica.

Manu – ¿Cómica?

Fred – Bueno, últimamente me dedico más bien a estar en paro.

Manu – ¿Quién demonios querría secuestrar a una cómica en paro?

Alex – En sus actuaciones… ¿se burlaba de la religión?

Fred – No especialmente.

Manu – Si nos han secuestrado unos islamistas, vamos a necesitar mucho su sentido del humor…

Alex *(aterrada)* – ¿Islamistas? ¿Usted cree?

Manu – No, lo he dicho por decir… Era una broma.

Fred – ¿Y a qué se dedica usted?

Manu – Soy chef.

Fred – Vaya… No sé por qué, pero me lo imaginaba.

Alex – ¿Chef?

Fred – ¿Un gran chef o uno de los que se creen grandes?

Manu – ¡Cocinero, si lo prefieren! Tengo un restaurante.

Alex – Ah, pues tendrá que darnos la dirección.

Manu – Si salimos vivos de aquí…

Alex – Una cómica y un cocinero. No tiene ningún sentido.

Fred – ¿Y usted?

Alex – Ocupo un cargo político en el gobierno local.

Fred – ¿Concejal o concejala?

Alex – Puede decir ambas cosas.

Fred – Entiendo…

Alex – Soy ecologista, si quieren saberlo. También me encargo de la limpieza municipal.

Manu – Una artista en paro y un político ecologista… Si yo no estuviera aquí, diría que quieren librar al país de todos sus parásitos.

Alex – Bravo. Qué análisis tan brillante. Seguro que nos resulta de gran ayuda.

Fred – ¿Y usted se cree imprescindible para la sociedad? Yo ni siquiera puedo permitirme ir a restaurantes. Y apuesto a que el suyo no es un comedor social.

Manu – Por lo menos yo pago mis impuestos.

Alex – Me temo que esta comedia va a acabar muy mal…

Fred – Una comedia que acaba mal se llama drama.

Manu – Seguimos sin saber por qué nos han secuestrado.

Alex – ¿Para pedir un rescate?

Fred – ¿Un rescate?

Alex – Podría ser un secuestro por dinero.

Manu – No soy millonario. Acabo de abrir el restaurante y estoy hasta el cuello de deudas.

Alex – Y usted, siendo cómica, tampoco estará forrada…

Fred – Pedirle un rescate a una artista sin trabajo es como pedirle un peine a un calvo.

Manu – ¿Y usted, con tantos cargos políticos, llega bien a fin de mes?

Alex – No me puedo quejar, pero…

Manu – De todas formas, eso no explica que nos hayan secuestrado a los tres.

Fred – Exacto. No tenemos absolutamente nada en común.

Manu – En eso estamos de acuerdo… No podemos ser más distintos.

Reflexionan.

Alex – Bueno, algo sí tenemos en común… Somos todos franceses.

Fred – ¿Franceses? Eso tampoco es tener mucho en común…

Alex – ¿Usted cree?

Fred – Quiero decir… todo el mundo es francés, ¿no? Al menos en Francia.

Manu – Ojalá fuera verdad…

Fred – Ya veo. Al señor tampoco le gustan los extranjeros.

Manu – Solo he dicho que no todas las personas que viven en Francia tienen la nacionalidad francesa.

Alex – Lo que está claro es que somos franceses. Nos secuestran —quizá unos terroristas que quieren degollarnos ante una cámara—, ¡y ya estamos a punto de matarnos entre nosotros discutiendo sobre la identidad nacional!

Fred – Tiene razón. Seremos distintos, pero para salir de aquí tenemos que mantenernos unidos.

Alex – ¡Espere! ¡A lo mejor es por eso!

Manu – ¿Por qué cosa?

Alex – Quizá nos han elegido precisamente porque somos diferentes.

Fred – ¿Qué quiere decir?

Alex – No lo sé. Estoy intentando entenderlo.

Manu – Muy bonito, pero ¿qué hacemos en la práctica?

Fred – ¿Qué quiere que hagamos?

Manu – ¡Anda, pero si tenemos teléfonos!

Alex – Eso es. Hay que llamar a la policía.

Fred – ¡Ni siquiera sabemos dónde estamos! ¿Qué les contamos?

Manu – A lo mejor pueden localizarnos.

Saca su móvil y marca un número.

Alex – Lo raro es que no nos hayan quitado los móviles.

Manu – Mierda… ¡Sin cobertura!

Alex – Voy a probar yo.

Fred – Y yo.

Sacan los teléfonos y teclean.

Alex – Nada…

Fred – Tampoco yo.

Manu – Ahora entiendo por qué no nos han quitado los móviles.

Alex – ¿Dónde demonios estaremos para que no haya ni una raya de cobertura?

Todos se miran, inquietos.

Fred – En el desierto.

Alex – O en un sótano.

Fred – ¿En un refugio nuclear?

Los otros dos la miran horrorizados.

Manu – Sea como sea, no podemos comunicarnos con el exterior.

Alex – ¿Entonces qué hacemos?

Fred – Nada.

Alex – Solo nos queda esperar.

Manu – ¿Esperar?

Fred – Quien nos haya secuestrado querrá algo. Acabará apareciendo.

Alex – Y entonces intentaremos negociar.

Manu – Pues cuando aparezcan ya verán cómo negocio yo…

Manu hace un gesto amenazador; Alex intenta contenerlo. Suena un extraño efecto sonoro futurista, digno de una serie de ciencia ficción de ínfimo presupuesto. Fred, Manu y Alex quedan inmóviles, como petrificados. La escena se oscurece cuanto sea posible. Se distingue vagamente a una mujer que arrastra a otra, inconsciente, hasta uno de los sillones y la deja allí, antes de desplomarse ella misma en otro. Vuelve la luz: en los sillones están Carla (con apariencia de prostituta; el papel puede interpretarse como un personaje trans) y Béatrice (vestida de monja). En cuanto se ilumina la escena, Fred, Manu y Alex reanudan sus movimientos y la conversación como si nada hubiera sucedido, sin advertir todavía a las recién llegadas.

Alex – La violencia no siempre es la solución. Si queremos salir vivos, quizá haga falta algo de diplomacia.

Manu – ¿Diplomacia? ¡Si ni siquiera sabemos quién nos ha secuestrado ni qué quiere!

Fred – Pues a ver si se presentan de una vez… ¡Porque tengo un hambre! ¿Ustedes no?

Alex – ¿Cómo puede pensar en comer en un momento así?

Manu – ¡Nos tienen secuestrados y a usted solo le preocupa el servicio de habitaciones!

Fred – Perdone, pero no he comido nada al mediodía. A veces me salto una comida para ahorrar dinero, ¿sabe?

Manu – La vida del artista…

Alex – ¡Vamos a calmarnos todos! Si salimos de este lío, será juntos.

Manu – De acuerdo. Si escapamos antes de esta noche, les invito a cenar a mi restaurante. Palabra.

Alex – Por cierto, ni siquiera sabemos qué hora es.

Manu *(mirándose el reloj)* – El mío se ha parado. ¿Qué hora tienen ustedes?

Alex – El mío también está parado. ¿Y el suyo?

Fred – No llevo reloj.

Manu – Cómo no…

Alex – Esto es absurdo. Tiene que haber alguna salida.

Se vuelve para buscarla y da un respingo al descubrir los dos cuerpos inertes en los sillones.

Alex – ¡¿Y esto qué es?!

Fred – ¿El qué?

Manu y Fred se vuelven y descubren también los dos cuerpos.

Manu – ¡Joder!

Alex – Esto es una pesadilla.

Manu – ¿Cómo han aparecido aquí? ¿Han visto ustedes algo?

Fred – No…

Manu – Ni hemos oído nada.

Alex – Empiezo a pensar que aquí pasan cosas muy poco normales.

Fred – ¿En serio? No me diga…

Manu se acerca a observar los cuerpos.

Manu – Son dos mujeres.

Fred y Alex se aproximan también.

Fred – Parece que una lleva un burka.

Alex – Pues eso es casi tranquilizador.

Fred – ¿De verdad?

Alex – ¿Por qué iba un grupo de islamistas a secuestrar a una mujer con burka?

Fred – Eso no es un burka…

Manu – ¡Joder, es una monja!

Alex – ¿Y la otra?

Manu – La otra no parece precisamente una monja.

Fred – Increíble…

Manu – ¿Por qué han traído a esas dos mujeres?

Fred – Igual quieren comprobar si son ustedes capaces de reproducirse en cautividad, como los grandes simios.

Alex – ¿Con una monja?

En ese momento la monja recupera el conocimiento.

Béa – Jesús, María y José… ¿Dónde estoy?

Alex – En el paraíso no, hermana. Por lo menos no se parece al que yo imaginaba.

Fred – Y tampoco hace suficiente calor para que esto sea el infierno.

Béa – Entonces… ¿el purgatorio, quizá?

Manu – ¿Y qué se supone que se hace en el purgatorio?

Béa – Si es el purgatorio… solo podemos esperar.

Alex – Muchas gracias, hermana. Seguro que su ayuda nos resultará muy útil.

Manu – Sí, nos la ha enviado la Providencia.

Béa *(sin percibir la ironía)* – No hay de qué. Si puedo serles de ayuda en esta prueba que Dios nos manda… Soy sor Béatrice.

Fred – Encantada, hermana.

Béa – Pero sigo sin entender cómo he llegado aquí.

Fred – Los caminos del Señor son inescrutables.

Béa – Lo último que recuerdo es la clínica.

Manu – ¿Estaba ingresada?

Béa – No, la clínica donde trabajo como auxiliar de enfermería. Nuestra Señora del Buen Socorro.

Alex – Ah, claro…

Béa – Estaba en la capilla, rezando al amanecer y escuchando al capellán. Debí de sufrir un accidente. Sí, eso tiene que ser. He muerto y Dios, viendo lo pecadora que soy, me ha mandado al purgatorio.

Alex – ¿Qué accidente puede sufrir uno escuchando misa?

Fred – Y encima uno mortal.

Manu – Atragantarse con la hostia, por ejemplo. Un atragantamiento así puede ser mortal. Me pasó una vez con un cliente en mi restaurante.

Fred – O se cayó del reclinatorio. ¡Esos chismes son bastante altos!

Alex – De todos modos, es una idea… ¿Y si intentamos recordar qué hacíamos justo antes de…? En fin, ¿cuál es lo último que recuerda cada uno?

Manu – No sé… Me veo en la cocina de mi restaurante preparando una mayonesa con trufas.

Béa – Una buena mayonesa no es fácil de hacer.

Manu – El secreto es añadir una gotita de…

Fred – No creo que estemos aquí para intercambiar recetas. ¡Que yo ya tengo bastante hambre!

Alex – ¿Y usted qué hacía?

Fred – Pues yo…

Manu – No se acuerda, ¿verdad?

Fred – Sí que me acuerdo. Pero prefiero guardármelo, si no les importa. No creo que les sirviera de mucho.

Alex – Entiendo.

Fred – ¿Y usted? ¿Qué hacía?

Alex – Yo… Lo último que recuerdo… ¡Ah, sí! Estaba en la peluquería.

Fred – ¿Peluquería de hombres o de mujeres?

Alex – ¿Cree que eso va a ayudarnos a descubrir dónde estamos?

Carla, la prostituta (que puede interpretarse como una mujer trans), despierta y contempla a los demás con desconcierto. Sus ojos se detienen en sor Béatrice. Puede hablar con acento extranjero, si se desea.

Carla – Buenos días, hermana. ¿Ha salido bien la operación?

Béa – No sabría decirle.

Carla – ¿No es usted enfermera?

Béa – Sí…

Alex – Antes dijo auxiliar de enfermería.

Fred – Pecado de soberbia, hermana… Así se acaba en el purgatorio.

Carla – Si es enfermera, entonces estoy en el hospital. Había venido para… Bueno, ya sabe.

Béa – No…

Carla – Como decía Simone de Beauvoir, la filósofa francesa: «No se nace mujer, se llega a serlo».

Béa – Ah, ya… Pero dudo que en Nuestra Señora del Buen Socorro hagan operaciones de ese tipo.

Manu – Lo que faltaba.

Carla – ¿Y quiénes son estos tres?

Béa – No tengo ni idea.

Alex – Empiezo a preguntarme si estamos en un manicomio.

Manu – Eso explicaría bastantes cosas.

Carla se pone de pie.

Carla – Pero ¿qué está pasando aquí? ¿Dónde estamos? ¿Y qué hago yo en este sitio?

Fred – Cuénteselo usted.

Alex – Todos nos hemos despertado aquí. No sabemos dónde estamos ni por qué.

Fred – Dicho así, parece una obra del filósofo francés Jean-Paul Sartre. ¿Cómo se llamaba? ¿Las manos sucias?

Alex – A puerta cerrada.

Fred – Esa. Aunque aquí solo somos cinco.

Manu – De momento…

Alex – Esto va a terminar fatal. Lo presiento.

Carla da unos pasos.

Carla – ¿Esto es una broma?

Manu – Me temo que no, querido señor… digo, querida señora.

Carla – Carla. Me llamo Carla.

Fred – Carla, ¿a qué se dedica usted?

Carla – ¿No se nota?

Fred – Disculpe, solo quería asegurarme.

Manu – Una monja y un travelo…

Carla – Tampoco hace falta ser grosero. Si no le importa, prefiero «trans».

Manu *(a Alex)* – Me parece que empieza a tener razón.

Alex – ¿En qué?

Manu – ¡En que han reunido a gente que no tiene nada en común!

Fred – Salvo ser franceses…

Manu – Si usted lo dice.

Béa – ¿Y si estuviéramos en una especie de arca de Noé, esperando un diluvio?

Alex – ¿Cómo dice?

Béa – ¡Noé, el de la Biblia! Reunió ejemplares de todos los animales antes del diluvio para evitar su extinción. Quizá quien nos ha traído quiera conservar una muestra representativa de la humanidad.

Carla – ¡Menuda muestra! ¡Parece un desfile de fenómenos!

Manu – El purgatorio, el arca de Noé y ahora un desfile de fenómenos…

Alex – A mí me recuerda más a *La balsa de la Medusa*, el famoso cuadro francés sobre unos náufragos desesperados.

Fred – A lo mejor acabamos comiéndonos unos a otros.

Carla – ¿Eso hicieron los del cuadro?

Fred – Yo, desde luego, me muero de hambre.

Béa – O quizá sea un programa de telerrealidad.

Alex – Uno que va a terminar muy mal, ya verán.

Mientras todos miran hacia el frente del escenario, aparecen por detrás Alpha (hombre) y Oméga (mujer). Llevan monos unisex de ciencia ficción barata, con pistolas láser en el cinturón que recuerdan a juguetes o secadores. Se mueven de manera silenciosa, mecánica, casi robótica. Su aspecto puede inspirarse en personajes de películas o series de ciencia ficción. Aunque de sexos distintos, se parecen muchísimo y casi podrían confundirse. Para diferenciarlos, sus nombres figuran claramente en los monos.

Alpha – ¡Saludos, amigos terrestres!

Todos se vuelven de golpe.

Oméga – Bienvenidos a nuestra modesta nave espacial.

Manu – ¿Qué circo es este?

Fred – ¿Y estos payasos?

Alpha y Oméga avanzan hasta el centro del escenario.

Béa *(santiguándose)* – Jesús, María y José…

Oméga – Nosotros somos los anfitriones y ustedes nuestros invitados.

Alpha – De momento, al menos.

Carla – ¡Encima se ríen de nosotros!

Béa – ¡No se puede secuestrar a la gente así como así!

Alex – ¿Saben que podríamos denunciarlos por secuestro y detención ilegal?

Alpha – Les pedimos disculpas por estos pequeños inconvenientes.

Oméga – Queríamos hablar con ustedes antes de tomar una decisión importante.

Alpha – Importante para ustedes, sobre todo.

Manu – ¡¿Qué quieren de nosotros?!

Alpha – Pues… conocernos. Solo eso.

Oméga – Eso es. Saber un poco más sobre sus costumbres.

Carla – ¿Son turistas?

Alpha – Se lo explicaremos todo. No se preocupen.

Manu – ¡Pero nosotros no queremos explicaciones! ¡Lo único que queremos es largarnos de aquí!

Carla – Y, para empezar, ¿de dónde han salido?

Fred – ¿Cómo han entrado si no hay puerta?

Alpha – Pues… hemos bajado del cielo.

Manu – Sí, por la chimenea, como Papá Noel.

Oméga – No exactamente.

Béa – ¿Son ángeles, entonces?

Alpha – Tampoco exactamente.

Alex – ¡¿Pues quiénes son, coño?!

Alpha – Les costará creerlo, como es natural, pero…

Oméga – Somos lo que ustedes llaman en la Tierra extraterrestres.

Silencio de estupefacción.

Carla – Vale… Ahora sí que es una broma, ¿verdad?

Manu – ¿Es alguna cámara oculta?

Fred – ¿Un programa de telerrealidad? ¿Dónde están las cámaras?

Oméga – No hay cámaras.

Béa *(santiguándose)* – Dios mío… ¡Los manda el diablo!

Fred – ¿Extraterrestres…?

Todos rompen a reír nerviosamente, salvo Béatrice. Alpha y Oméga los contemplan con curiosidad.

Alpha – ¿Eso es lo que ustedes llaman reír?

Oméga – Parece que sí.

Alpha – Desde luego, hacen bastante ruido.

Alex – ¡Marcianos! ¡Venga ya! Podrían haberse esmerado un poco en los efectos especiales.

Fred – Esto será para un canal de televisión de segunda.

Manu – ¡Pero si son iguales que nosotros!

Carla – No esperábamos que fueran verdes, con antenas en vez de ojos, pero un poquito de imaginación…

Manu – ¡Pero si todo el mundo sabe que los extraterrestres no pueden ser exactamente iguales que nosotros!

Alpha – Tiene razón. Somos distintos.

Oméga – Mucho más de lo que imaginan.

Alpha – Hemos adoptado una apariencia humana para no asustarlos demasiado.

Oméga – Y hemos aprendido su idioma para hablar con ustedes.

Manu se aproxima de forma amenazadora.

Manu – Bueno, se acabó el cachondeo. Me voy.

Alpha – Me temo que, por ahora, eso no será posible.

Manu – ¿Ah, no? ¿Y quién va a impedírmelo? ¿Tú?

Manu avanza. Alpha saca una pistola y le apunta.

Alpha – Yo, en su lugar, no haría eso.

Manu – ¿Me vas a detener con ese secador? ¿De dónde salís, de una vieja serie de *Star Trek*?

Manu sigue avanzando. Alpha aprieta el gatillo y Manu cae al suelo entre espasmos.

Béa *(santiguándose)* – ¡Jesús, María y José! ¡Marcianos!

Oméga – No se alarmen. No es nada grave.

Manu se levanta aturdido. Béatrice corre a ayudarlo.

Fred – Entonces no es una broma…

Alpha – ¿Qué es una broma?

Carla – ¿No saben qué significa «broma»?

Oméga – Precisamente por eso hemos venido.

Alex – ¿Y por qué nos han secuestrado? ¡No les hemos hecho nada!

Alpha – Solo queremos entender.

Fred – ¿Entender el qué?

Oméga – Todas esas cosas que ignoramos de ustedes.

Béa – ¿Van a diseccionarnos como ratas de laboratorio?

Alpha – No se preocupe.

Oméga – Eso ya lo hemos hecho.

Alpha – Con otros de su especie, claro.

Carla – Ah, mucho más tranquila, gracias.

Oméga – Pero la disección no nos permitió comprender.

Manu – ¡¿Comprender qué, joder?!

Alpha – Por qué, para ustedes, merece la pena vivir.

Oméga – El amor, el humor, la gastronomía…

Alpha – El famoso arte de vivir francés.

Fred – ¿Lo ven? ¡Nos han secuestrado por ser franceses!

Oméga – ¿No hay un dicho que significa «feliz como Dios en Francia»?

Alex – Sí, pero… eso lo dicen los alemanes.

Carla – Una estupenda excusa para invadirnos al menos dos veces por siglo.

Alpha – En cualquier caso, querríamos saber quién es Dios.

Oméga – Y qué es ser feliz.

Carla – No me lo puedo creer. ¿Nos han secuestrado para que les expliquemos el encanto latino, el humor de los franceses y su gastronomía?

Fred – Entonces a mí pueden soltarme ya. Hace tanto tiempo que no hago el amor que casi no recuerdo cómo se hace, mi representante dice que no tengo ninguna gracia y cocino fatal.

Alpha – Ah, hablando de cocina, estamos desatendiendo nuestros deberes de hospitalidad.

Oméga – Les traeremos algo de comer.

Alpha – No somos unos salvajes.

Oméga – Tampoco vamos a dejarlos morir de hambre.

Fred – Por una vez, buena idea…

Alpha – Continuaremos la conversación cuando hayan comido tranquilamente.

Oméga sale.

Alpha – Nuestra cocina no es tan buena como la francesa, pero espero que les guste.

Oméga vuelve con una enorme olla.

Alpha – ¡Que aproveche! ¿Se dice así?

Manu – Eh… Sí.

Alpha y Oméga se disponen a marcharse.

Béa – ¿No van a comer con nosotros?

Oméga – Verá…

Alpha – Nosotros no sabemos lo que es comer.

Oméga – Y tampoco lo necesitamos.

Alpha – Funcionamos… con baterías.

Béa – Ah, ya…

Carla – O sea… ¿son robots?

Alpha – Es algo más complicado.

Oméga – De hecho, algunos humanos ya usan órganos que funcionan con baterías, ¿no?

Béa – ¿Se refieren a… los juguetes sexuales? *(Todos la miran.)* ¡Que yo solo he oído hablar de ellos!

Alpha – Pensábamos más bien en un corazón artificial, por ejemplo, después de un trasplante.

Carla – En los hombres, el corazón y la polla son los dos primeros órganos que hemos logrado sustituir por prótesis eléctricas.

Béa – Por algo será…

Pausa.

Oméga – Pues en nuestro caso es parecido.

Alpha – Salvo que todos nuestros… órganos funcionan con baterías.

Oméga – Aunque cuando hablamos de «baterías»…

Alpha – Es una manera de hablar.

Carla – Por supuesto.

Oméga – En fin, ¡buen provecho!

Alex – ¿Y si necesitamos llamarlos, por alguna razón?

Carla – Por ejemplo, para ir al baño.

Alpha – No se preocupen. Nos enteraremos.

Oméga – Y atenderemos su llamada.

Alpha y Oméga salen.

Béa – ¡Jesús, María y José! ¡Cíborgs!

Todos vuelven a mirar a sor Béatrice. Permanecen unos instantes atónitos.

Alex – ¿Aún podría ser una broma?

Manu – Su pistola láser no tenía ninguna gracia, se lo aseguro.

Fred – Igual era una pistola eléctrica de esas que dan descargas.

Béa – Si estamos en el purgatorio, deben de ser demonios enviados por Dios para tentarnos.

Carla – ¿Y no puede espantarlos con su crucifijo? ¿O con ajo, como en las películas de vampiros?

Béa – Por desgracia, me quitaron la cruz que llevaba al cuello.

Carla – Una pena.

Béa *(para sí)* – A menos que la perdiera durante el partido…

Manu – ¿Qué partido?

Béa – No, nada. Perdón.

Alex – ¿Y si fueran extremistas islamistas gastándonos una broma?

Fred – No tienen fama de ser grandes humoristas…

Manu – No me imagino a unos terroristas disfrazándose de marcianos para hacernos reír antes de degollarnos como ovejas.

Pausa.

Carla – ¿Y si es verdad?

Manu – ¿Que son extraterrestres?

Béa – Puestos a elegir… casi no sé qué preferiría.

Carla – Miren, a los extraterrestres que visitan la Tierra tampoco les faltarán motivos para preguntarse qué hacemos aquí.

Manu – ¡Sus preguntas filosóficas me importan una mierda! Quiero salir de aquí. ¡Tengo un restaurante que atender!

Alex – Esto va a acabar mal. Lo presiento.

Béa – Pero no parecen muy agresivos.

Fred – Incluso nos han traído comida.

Manu – Se nota que la descarga no se la dieron a usted.

Fred – Yo me muero de hambre. ¿Por qué no seguimos hablando mientras picamos algo?

Manu – Ya que estamos encerrados, más vale recuperar fuerzas. Igual las necesitamos.

Manu levanta la tapa de la olla.

Carla – ¿Qué es eso? ¿Una especialidad de su planeta?

Béa – ¿Cuscús?

Manu mira dentro.

Manu – Más bien parece sopa de repollo.

Fred – Habrán visto la película…

Carla – ¿Qué película?

Fred – ¡Es como aquella vieja comedia francesa en la que un extraterrestre viene a probar una sopa de repollo! Salía Louis de Funès. ¡Un clásico!

Alex – Al menos podrían habernos dejado cubiertos.

Carla – ¡No vamos a comer con las manos!

Béa – Y menos si es sopa.

Manu – No es una sopa. Creo que lleva carne. Parece un pot-au-feu, un cocido francés.

Carla – Pues cocido.

Fred – ¿Cocido de qué?

Alex – A estas alturas, ¿qué más da?

Béa – ¡Que sea lo que Dios quiera!

Fred – Lo siento, pero yo no como cerdo.

Manu *(receloso)* – ¿Es usted musulmana?

Fred – No. No soy musulmana, pero no como cerdo.

Béa – No son solo los musulmanes quienes evitan comer cerdo.

Manu – Ah, claro…

Fred – ¿Y eso también le molesta?

Manu – No, en absoluto.

Alex – Bueno, veamos qué lleva ese cocido.

Béa – Huele bien… ¿Me permiten bendecir la mesa?

Manu mete la mano en la olla y se queda petrificado.

Manu – Una cosa sí les digo: los que no comen cerdo pueden comer esto tranquilamente.

Saca una mano humana de la olla. Después, un pie. Todos se quedan horrorizados.

Alex – ¡Qué monstruosidad!

Carla – ¡Están locos! ¡Son unos peligrosos psicópatas!

Béa *(santiguándose)* – ¡Jesús, María y José! ¡Caníbales! ¡Una abominación!

Alex – No podemos quedarnos cruzados de brazos esperando a que esos seres, por muy simpáticos que parezcan, nos cocinen a fuego lento.

Fred – Tiene razón. Hay que hacer algo.

Manu – ¿Ah, sí? ¿El qué? Si tiene una idea genial, es el momento.

Carla – Con pistola láser o sin ella, podemos atacarlos por sorpresa y dejarlos inconscientes. Solo son dos.

Alex – Y no parecen muy fuertes.

Béa – Además, funcionan con pilas.

Manu *(a Fred)* – Perfecto. Es el momento de demostrar ese cinturón negro de karate.

Fred – En realidad lo dejé después de una semana. Tenía demasiado miedo de recibir un golpe.

Manu – ¿Y si los dejamos inconscientes, qué? ¿Pilotamos el platillo volante hasta la Tierra y aterrizamos en el aeropuerto de París pidiendo permiso a la torre de control?

Fred – Igual pilotar un ovni no es tan difícil…

Béa – Yo ni siquiera tengo carné de conducir. Aunque de vez en cuando conduzco el viejo Citroën Dos Caballos de la madre superiora por los terrenos de la clínica.

Manu – Yo tengo licencia para pilotar helicópteros, pero…

Alex – Vamos a terminar muy mal. Lo presiento.

Fred – ¡Deje de repetirlo, que nos va a traer mala suerte!

Un instante de silencio.

Béa – Solo nos queda una cosa por hacer.

Carla – ¿Qué cosa?

Béa – ¡Rezar!

Béatrice junta las manos y murmura una oración. Los demás suspiran, resignados.

Alex – Tenemos que encontrar un plan.

Carla – Aprovechemos que no están para preparar el partido de vuelta.

Fred – ¿El partido de vuelta? ¿Por qué ha dicho eso?

Carla – No sé… Es una forma de hablar. Quiero decir, el contraataque.

Alex – Nuestra única oportunidad es sorprenderlos.

Manu – Eso va a ser difícil.

Carla – ¿Por qué?

Manu – ¿No han oído lo que han dicho? «Si nos necesitan, nos enteraremos».

Béa – ¿Quiere decir que…?

Carla – ¿Nos están escuchando?

Alpha y Oméga regresan sigilosamente por detrás del escenario.

Alpha – ¿Qué tal el apetito?

Los otros dan un respingo.

Béa – ¡Señor Jesús!

Carla – ¡No pueden aparecer así, de golpe!

Alex – ¡Casi me da un infarto!

Oméga – Lo sentimos.

Alpha – ¿No les ha gustado el plato del día? *(Destapa la olla.)* No han comido nada.

Oméga – Y eso que seguimos la receta al pie de la letra.

Alpha – Con algún cambio, claro: nos faltaban ingredientes.

Alex – ¡Es que nosotros no comemos eso!

Alpha – ¿No comen repollo?

Manu les enseña el pie.

Béa – ¡Por Dios! ¡Somos buenos cristianos, no caníbales!

Alpha – Perdón. Pensábamos que les gustaría.

Oméga – Ya te dije que dejaron de devorarse entre ellos hace muchísimo.

Alpha – Disculpen otra vez. Un pequeño malentendido.

Carla – ¿Un pequeño malentendido?

Béa – ¿Y quién es esa persona?

Alpha – ¿Quién?

Carla – ¡La de la olla!

Oméga – Los que estuvieron aquí antes que ustedes.

Alpha – Los que no supieron responder a nuestras preguntas.

Oméga – Muy buena gente, por cierto.

Alpha – Encantadores, como dicen ustedes.

Alex *(en voz baja, a Fred)* – Me parece que habrá que negociar.

Fred – Y procurar no cabrearlos.

Carla – No podemos permitirnos un fuera de juego, eso está claro.

Manu – ¿Quiere decir que no tenemos derecho a cometer errores?

Carla – Eso. Lo mismo da.

Alex – Así que… ¿lo que les interesa es de verdad todo eso?

Carla – ¿El amor y esas cosas? ¿Todo ese lío?

Oméga – Entre otras cosas.

Alpha – Nos intrigan ustedes, los terrícolas. Hay tantas cosas que querríamos comprender…

Oméga – Sobre todo en lo relativo a los franceses. Por ejemplo…

Alpha – El existencialismo.

Oméga – El vino joven de Beaujolais.

Alpha – El cubismo.

Oméga – Los pequeños partidos franceses de la izquierda radical.

Alpha – Dios.

Oméga – La sodomía.

Fred – Ah, bueno… ¡Menuda lista!

Béa *(santiguándose)* – ¡Señor mío!

Alex – Pero… ¿por qué nos han elegido a nosotros?

Manu – No somos más que gente corriente, como cualquier otra persona.

Fred – Incluso algo por debajo de la media.

Carla – ¿Y por qué no preguntan a expertos?

Manu – Filósofos, políticos, artistas, estrellas de televisión…

Alpha – Ya lo hicimos.

Béa – ¿Y qué pasó?

Carla – ¿Dónde están?

Oméga – En la olla.

Alex – Deduzco que sus respuestas no les convencieron.

Fred – ¿No me dirán que ese cocido lleva los pies de un filósofo y los sesos de un presentador de televisión?

Béa – ¡Dios mío! ¿También había sesos?

Alpha les ofrece la olla.

Alpha – ¿Seguro que no quieren probar?

Oméga – A lo mejor les ayuda a pensar.

Alpha – Dicen que comer sesos mejora la memoria.

Oméga – Lo leímos en un recetario humano.

Alpha – Así que imaginen unos sesos de filósofo…

Oméga levanta la tapa de la olla.

Oméga – Aunque reconozco que no resultan muy apetitosos.

Alpha – A lo mejor aquel filósofo tenía las manos sucias…

Oméga – Dicen que las mejores sopas se hacen en ollas viejas, pero…

Alpha – Van a tener que encontrar algo mejor para convencernos.

Carla – ¿Convencerlos de qué?

Alpha – Religión, filosofía, política… Reconozcan que son asuntos bastante inconsistentes.

Oméga – Y sus científicos, por desgracia, tienen poco que enseñarnos.

Alex – Pero ¿convencerlos de qué exactamente?

Alpha – De que salvemos la Tierra.

Béa – Esto es una pesadilla. Señor, dime que voy a despertar.

Carla – ¿Salvar la Tierra?

Béa – ¿Y por qué unos pobres pecadores como nosotros podrían salvarla?

Oméga – ¡Porque son franceses!

Carla – ¿Franceses? ¡Un momento! Yo no nací en Francia, al menos no soy francesa de nacimiento.

Manu – ¡Franceses, precisamente! Sin la ayuda de medio planeta, ni siquiera habríamos podido liberar Francia de dos invasiones en un siglo. ¿Cómo esperan que salvemos nosotros solos la Tierra?

Alpha – Se consideran ustedes la culminación de la civilización, ¿no?

Fred – Bueno… eso lo decimos nosotros, los franceses. Tampoco se lo crean todo.

Alex – También están los chinos.

Béa – Una civilización antiquísima.

Carla – O, más cerca, los belgas.

Fred – A menudo nos confunden. Hablamos el mismo idioma…

Alex – Y muchos de nuestros mejores artistas franceses son en realidad belgas.

Carla – Jacques Brel, Johnny Hallyday, Gérard Depardieu…

Béa – Todos belgas.

Alex – Prueben suerte en Bélgica. De verdad.

Pausa.

Carla – ¿Y si no conseguimos explicarles por qué merece la pena vivir?

Béa – ¿Acabaremos en la cazuela nosotros también?

Oméga – Para ser sinceros…

Alpha – Nos han enviado a decidir si los habitantes de la Tierra merecen seguir vivos o si podemos convertir su planeta en un vertedero.

Manu – ¿Un vertedero?

Alpha – Nosotros también generamos… excrementos y residuos tóxicos.

Oméga – Y no podemos ir dejándolos en cualquier parte.

Alex – Claro, lo entiendo. Soy representante ecologista y responsable de la limpieza municipal. ¡Imagínense!

Oméga – Bien.

Alpha – Les dejamos un poco más de tiempo para pensar.

Alpha y Oméga salen. Los demás quedan atónitos.

Béa – ¿Se dan cuenta? ¡El futuro de la humanidad está en nuestras manos! ¡Dios nos ha dado una misión!

Fred – ¡Tenemos que largarnos! ¡Y deprisa!

Manu – ¡No hay puertas! Estos dos atraviesan las paredes.

Alex – ¡Y si estamos dentro de un platillo volante…!

Carla – Bueno, eso es lo que ellos dicen.

Fred – Esto parece el escenario de una obra de teatro.

Béa – ¿Y si esos enviados de Satanás fueran actores?

Fred – Vaya usted a saber. El mundo es un teatro, hermana. Lo dijo Shakespeare.

Carla – Vale, ¿y ahora qué?

Fred – Podríamos comernos el repollo, por lo menos.

Los demás ni siquiera le responden.

Alex – No tenemos alternativa.

Fred – ¿A qué se refiere?

Alex – Tendremos que explicarles todo eso.

Manu – ¿Todo qué?

Béa – ¡El sentido de la vida!

Carla – Según los franceses, claro.

Alex – Tiene razón. Imaginen que, de milagro, conseguimos escapar y volver a nuestras vidas. ¿De qué serviría si al día siguiente esos marcianos nos tiran encima sus residuos nucleares?

Carla – También hablaron de excrementos. Imaginen que nos bombardean con toneladas de mierda.

Fred – Pues yo casi prefiero Hiroshima.

Carla – Para ser un apocalipsis, resulta un poco más digno. ¿No cree, hermana?

Manu – ¡Joder! Estamos hasta el cuello de mierda.

Carla – Nunca mejor dicho.

Fred – ¿Merece la pena vivir? ¡Y yo qué sé! Al fin y al cabo, nadie me pidió permiso para traerme al mundo.

Alex – Bueno, pero ahora estamos aquí…

Carla – ¿Y qué hacemos?

Béa – Podemos dividirnos en dos equipos y trabajar por temas.

Carla – ¿Antes de hacerse monja era monitora de campamentos infantiles?

Alex – La verdad es que cada uno sabe más sobre alguna cosa. Creo que por eso nos eligieron.

Béa – ¡Ya ven! ¡Somos los elegidos!

Alex – Yo solo soy teniente de alcalde y me encargo del reciclaje. Tampoco he encontrado el Santo Grial.

Carla – Hermana, usted puede explicarles para qué sirve el Papa.

Fred – Y por qué gracias a él vivir es una maravilla.

Manu – Joder… Difícil lo tenemos.

Carla – ¿Puede dejar de decir «joder» al principio de cada frase?

Alex – Bueno. Habrá que empezar por algo.

Carla – Por lo más sencillo.

Béa – ¿Y qué es lo más sencillo?

Carla – Yo qué sé… ¡La cocina!

Manu – ¿Cree que la cocina francesa es sencilla? ¡Dígaselo a los inspectores de la Guía Michelin!

Carla – Más sencilla que Dios, seguro. Al menos sabemos que un cocido existe.

Fred – Y ningún filósofo ha dedicado la vida entera a encontrar pruebas de que existe el cocido.

Alex – ¿Y qué es eso de cocinar?

Manu – Cocinar es un arte. Cuanto más lo practicas, más crees en él.

Béa – Como la religión.

Carla – Pues es todo lo contrario del amor, hermana, créame…

Fred – Pues lo llevamos claro.

Manu – ¡Además, aquí no tengo con qué cocinar!

Fred – Y si estos dos marcianos son robots…

Alex – Visto lo que nos han servido…

Carla – No parecen tener un paladar muy fino.

Reflexionan unos instantes.

Alex – ¡La risa! Dicen que reír es lo propio del ser humano. El filósofo francés Bergson escribió incluso un ensayo sobre ello.

Fred – ¡Bergson! Seguro que gracias a él los marcianos entenderán el humor. ¿No han visto qué hacen aquí con los filósofos? ¿Quieren terminar en un cocido?

Manu – O en un cuscús de lujo.

Béa – ¿Creen que son musulmanes?

Fred – ¿Qué se piensa, hermana? ¿Que todos los extraterrestres son católicos practicantes?

Alex – No podemos explicarles la risa, pero podríamos intentar hacerlos reír.

Carla – ¿Cómo? ¿Haciéndoles cosquillas a las pilas?

Manu – Usted es la cómica. ¿Sabe hacer reír a un marciano?

Fred – Nunca he conseguido hacer reír a un parisino. ¡Pero probaré con un marciano!

Carla – Qué tranquilizador.

Alpha y Oméga reaparecen sin avisar.

Alpha – Y bien, ¿ya tienen algún buen chiste que contarnos?

Los demás vuelven a sobresaltarse.

Manu – ¡Por el amor de Dios!

Fred – ¡¿No pueden llamar a la puerta, como todo el mundo?!

Oméga – Perdón. No queríamos meterles prisa.

Alpha – Aún nos queda tiempo.

Oméga – Una hora, aproximadamente.

Carla – ¿Una hora?

Béa – ¡Pues empiecen ya! ¿A qué esperan?

Alex – Prepárense para partirse de risa.

Manu – Tenemos entre nosotros a una humorista de mucho talento.

Alex – Ha actuado en los mejores teatros de París. ¡Y hasta en Marsella!

Todos miran a Fred. Ella se queda perpleja y finalmente se lanza.

Fred – A ver… ¿Conocen el chiste de los marcianos?

Alpha – ¿Qué es un marciano?

Oméga – ¿Y qué es un chiste?

Béa – Esto no tiene remedio…

Manu – Esperen, que el chiste es buenísimo.

Fred – Un astronauta llega a Marte y encuentra a dos marcianos que se están contando chistes.

Alpha – Pero en Marte no vive nadie.

Oméga – Nosotros lo visitamos antes de venir aquí.

Alpha – No existen los marcianos.

Fred – ¡Es un chiste! ¡Tienen que poner algo de su parte!

Oméga – De acuerdo.

Alpha – Continúe.

Fred – Bueno, el astronauta se sorprende porque los marcianos, en lugar de contar chistes, dicen números. Uno dice «42» o «69» y el otro se parte de risa. El astronauta pregunta por qué. El marciano contesta: «Para ahorrar tiempo. Tenemos todos los chistes numerados y basta con decir el número. Mira: 435». Y el otro suelta una carcajada. «¡Qué idea más buena!», dice el astronauta. «¿Puedo probar?». Entonces suelta un número al azar: «753». Los dos marcianos se desternillan. Y uno dice: «¡Ese es buenísimo! ¡No lo habíamos oído nunca!».

Nadie se ríe. Después, los terrícolas se obligan a soltar alguna carcajada.

Alex – Excelente.

Carla – ¡Para morirse de risa!

Manu – Yo tampoco lo conocía…

Pero Alpha y Oméga permanecen impasibles.

Alpha – No hemos entendido nada.

Oméga – ¿Qué tiene de gracioso?

Alpha – ¿Qué significa «gracioso»?

Manu – ¿Pueden dejarnos cinco minutos más?

Alpha y Oméga se alejan hacia el otro extremo del escenario. Los demás hablan en voz baja.

Fred – La verdad es que era un chiste de informáticos, pero lo he adaptado para marcianos.

Carla – Pues ya podemos ir descartando lo de hacerlos reír.

Fred – Pensé que, si hacía reír a un informático, haría reír a un marciano.

Alex – Está claro que no tienen sentido del humor.

Manu – También es verdad que el chiste era malísimo.

Béa – A mí tampoco me ha hecho ninguna gracia.

Carla – ¿Y ahora qué?

Alex – Lo de Dios casi mejor ni intentarlo. Si ni nosotros creemos…

Béa – ¡Yo sí creo!

Carla – Hace una hora tampoco creía en los extraterrestres, así que…

Manu – Total, ¿qué podemos perder?

Alex – Pues adelante, hermana. Si cree que puede evangelizar a los marcianos, es su momento.

Fred – Pero se lo advierto: parecen más difíciles de convertir que los pueblos indígenas de América en tiempos de los primeros misioneros.

Béatrice se aproxima a Alpha y Oméga.

Béa – Dios también os ama, queridos hermanos, aunque estéis poseídos por el demonio. Su misericordia no tiene límites. *(Exaltada.)* ¡Satanás, sal de estos dos cuerpos inocentes!

Béatrice traza una enorme cruz con la mano, como si fuera un ataque de karate. Alpha se siente amenazado, saca su arma láser y la fulmina. La monja cae entre convulsiones. Los demás la contemplan con sorprendente indiferencia.

Carla – Todavía no han aprendido a poner la otra mejilla.

Béatrice se recupera poco a poco y se levanta. Los extraterrestres salen.

Fred – Pues pasemos a la política.

Manu *(a Alex)* – ¿De verdad se ve capaz de explicar a un marciano para qué sirve un concejal?

Carla – Visto así…

Fred – Nos queda el amor.

Alex – No podemos explicárselo, pero quizá podamos hacer que lo… sientan.

Fred – ¿Sentirlo…?

Manu – ¿Y quién se encarga de eso?

Las miradas se dirigen hacia Carla y Béatrice.

Manu – No se lo vamos a pedir a sor Béatrice…

Béa – Yo solo conozco el amor de Nuestro Señor. Estoy casada con Jesús.

Todos miran ahora a Carla.

Carla – Un momento. ¿Hablamos de amor o de sexo? Porque lo mío es el amor de pago.

Alex – De todos modos, el amor es un poco su especialidad, ¿no?

Carla – ¿Quieren que me acueste con un marciano?

Alex – ¡Estamos intentando salvar a la humanidad!

Fred – Con mayúscula.

Manu – No vamos a dejar una misión así en manos de aficionados.

Carla – Bueno, puedo intentarlo, pero hay un problemilla.

Manu – ¿Cuál?

Carla – Técnicamente, todavía tengo cuerpo de hombre.

Fred – ¿Cómo…?

Carla – Tenía cita en la clínica para operarme, pero entonces pasó todo esto.

Béa – ¡Dios mío!

Alex – Bueno, pero son marcianos…

Fred – Ya…

Manu – ¿Entonces quién?

Alex – Yo tengo pareja. Estoy casada.

Fred – ¿Con un hombre o con una mujer?

Alex *(a Fred)* – ¿Y usted? ¿Le apetece salvar a la humanidad?

Manu – ¿La cómica? Serán marcianos, pero también tienen su dignidad.

Alex – Entonces solo queda una posibilidad.

Todos miran a Béatrice.

Béa – ¿Yo? ¡Pero si se han vuelto locos!

Manu – Piénselo como un sacrificio supremo, hermana.

Béa – ¡Y si me quedo embarazada! ¿Qué le diré a la madre superiora cuando vuelva a la Clínica Nuestra Señora del Buen Socorro?

Alex – Dígale que es fruto de un encuentro del tercer tipo… con el Espíritu Santo.

Fred – ¡Y funda una religión nueva!

Manu – Eso ya lo han hecho antes.

Alex – Además, las religiones antiguas empiezan a quedarse un poco pasadas de moda, ¿no?

Fred – La Iglesia católica, hermana, es como los viejos partidos políticos franceses. Ya no se la cree casi nadie.

Alex – No siempre se puede construir algo nuevo con cosas viejas.

Béa – Bueno, supongamos que acepto. ¡Pero yo no sé cómo se hace el amor con un marciano!

Manu – Cómo hacer el amor con un marciano… Esa es la cuestión.

Fred – Parece una pregunta de un examen de filosofía.

Carla – Esto va más bien de clases prácticas.

Alex – Si han adoptado cuerpo humano, supongo que también tendrán todo lo necesario.

Béa – Pero el chiste que les contó antes no les hizo reír.

Fred – Yo creo que todavía no tienen el cerebro bien desarrollado.

Alex – Hombre, aquí no estamos hablando del cerebro.

Carla – Si los hombres que no han terminado de desarrollar el cerebro tuvieran que guardar abstinencia, todas las trabajadoras sexuales trans de París estaríamos en paro.

Regresan los extraterrestres.

Oméga – Bueno…

Alpha – ¿Listos para el último experimento?

Fred – ¡Ya verán si va a ser el último!

Béa – Se olvidan de que son dos. Un macho y una hembra, ¿no?

Alex – Pues hagámoslo con igualdad de oportunidades.

Fred – ¡Y así duplicamos las posibilidades de que funcione!

Carla – En ese caso, yo también me sacrifico.

Béa – Dios se lo pagará.

Carla conduce a los extraterrestres hacia la salida. Béatrice los sigue.

Carla – Venid con mamá, tesoros. Vais a conocer el secreto de la vida.

Béatrice y Carla se marchan con Alpha y Oméga.

Fred – Es nuestra última oportunidad.

Manu – ¿Creen que lo conseguirán?

Alex – Una mujer trans y una monja iniciando a dos marcianos en el amor… No esperen demasiado optimismo por mi parte.

Oscuro. Elipsis. Vuelve la luz. Entran Béatrice y Carla.

Manu – ¿Ya?

Béatrice lleva el hábito bastante desordenado y tiene manchas verdes alrededor de la boca: parece recién salida de la película El exorcista. Carla tiene un ojo morado.

Alex – ¿Y? ¿Cómo ha ido?

Carla – ¿Usted qué cree?

Manu – ¿Y usted, hermana?

Béa – Ha sido… rarísimo.

Alex – ¿Extraño incluso para una monja?

Carla – Tendrían que haberla visto, parecía poseída. Creo que, en materia de amor, esos dos han conocido el alfa y el omega.

Fred – Béatrice, ¡merece que la beatifiquen!

Manu – ¿Pero ellos dijeron algo?

Béa – Nada.

Alex – Eso no parece buena señal.

Manu – ¿Y ahora?

Alex – ¿Nos preparamos para acabar en la olla de los próximos invitados?

Pausa de reflexión.

Manu – ¡Esperen! ¡Ahora me acuerdo!

Alex – ¿Qué cosa?

Manu – De lo último que hice antes del secuestro.

Carla – ¿Ah, sí?

Manu – Estaba en el Stade de France, el gran estadio nacional cerca de París.

Béa – ¿En serio?

Manu – En el partido entre el Olympique de Marsella y el Paris Saint-Germain, los dos grandes rivales del fútbol francés.

Alex – ¡Qué increíble! Ahora que lo dice…

Manu – ¿Qué?

Alex – ¡Yo también estaba allí!

Carla – ¡Qué casualidad! ¡A mí también me acaba de venir a la memoria!

Alex – Ahí debe de ser donde nos secuestraron.

Béa – Entonces, ¿somos todos seguidores del Paris Saint-Germain?

Alex – ¡No me diga que usted también, hermana!

Béatrice asiente en silencio.

Fred – Yo lo recordaba desde hace rato, pero me daba vergüenza decirlo. Detesto el fútbol y todo lo relacionado con él.

Alex – ¡Yo ni conozco las reglas!

Fred – ¿Y usted?

Manu – Tampoco.

Fred – Pues tiene toda la pinta de ser hincha del Paris Saint-Germain.

Manu – Ya ve. No se fíe de los tópicos. A mí lo que me gusta es el rugby.

Carla – ¿Y qué hacía en ese estadio viendo un partido de fútbol?

Manu – Uno de los futbolistas del Paris Saint-Germain es cliente habitual de mi restaurante. Me pidió un caprichito muy especial para el descanso.

Fred – ¿Un caprichito?

Manu – Caracoles de mar con mayonesa de trufas. Ya saben, los caprichos de las estrellas del fútbol.

Alex – ¿Y usted, hermana?

Carla – ¡Eso! ¿Qué hacía una monja en un estadio de fútbol?

Béa – En la clínica atendimos a un jugador del Paris Saint-Germain por una lesión. Yo lo cuidé, y quedó encantado. Me pidió que fuese yo misma a darle un masaje en el muslo durante el descanso.

Como en un sueño, todos quedan inmóviles salvo Béatrice, que interpreta en playback un número musical sensual sobre futbolistas en los vestuarios, mientras puede proyectarse un vídeo sugerente al fondo (la música y las imágenes quedan a elección de la dirección). Después, la acción vuelve a la normalidad.

Manu *(a Carla)* – ¿Y usted? ¿Le apasiona el fútbol?

Carla – Yo estaba allí para el tercer tiempo… para atender a algunos jugadores después del partido. Al final, hermana, usted y yo hacemos casi lo mismo.

Todas las miradas se dirigen a Alex.

Alex – Yo fui a quedar bien con mis votantes. En época electoral conviene dejarse ver en un estadio.

Fred – ¡En realidad todos odiamos el fútbol! ¡Eso es lo que tenemos en común!

Pausa. Vuelven Alpha y Oméga, también con la ropa algo desarreglada.

Fred – Bueno, ¿contentos?

Alpha – Digamos que…

Oméga – Hemos decidido darles una última oportunidad.

Manu – Cuente con nosotros para transformar el ensayo.

Alex – Somos todo oídos.

Alpha – Cuando los teletransportamos, estaban todos participando en una extraña ceremonia, dentro de un edificio con forma de nave espacial.

Béa – Visto desde arriba, ese estadio siempre parece un platillo volante.

Oméga – Precisamente por eso nos fijamos en él.

Manu – ¡Es la catedral del fútbol francés!

Oméga – Y congrega a mucha más gente que una misa.

Alpha – Queremos que nos expliquen ese misterio.

Manu – ¿Qué misterio?

Oméga – ¡La pasión de los seres humanos por el fútbol!

Carla – ¡Claro! ¡El fútbol!

Alex – Creo que es un juego que ya practicaban los aztecas.

Fred – Pero las reglas modernas las codificaron los ingleses, naturalmente.

Oscuro. Elipsis. Vuelve la luz.

Todos beben cerveza y comen cacahuetes mirando una pantalla imaginaria, supuestamente situada detrás del público, donde se juega un partido de fútbol. Puede escucharse la narración de los comentaristas deportivos.

Alex – No entiendo cómo han conseguido ver el canal de pago sin estar abonados.

Béa – No olvide que poseen una tecnología muy superior a la nuestra.

Fred – Tendrán que enseñarnos el truco.

Béa – Ni siquiera sabemos si les está gustando. No dicen nada.

Carla – Desde luego, expresivos no son. Ya lo vimos antes…

El partido continúa unos instantes.

Fred – Menos mal que han traído cacahuetes. ¡Tenía tanta hambre que ya casi me comía aquel cocido!

Contemplan el partido en silencio.

Alpha – ¿De qué equipo son ustedes?

Manu – Con el Paris Saint-Germain, ¡claro!

Alpha *(gritando)* – ¡Vamos, Marsella!

Fred – ¡Mira! Ya empiezan a entender de qué va esto.

Carla – Algo es algo.

Siguen mirando el partido.

Oméga – ¿Por qué se han parado?

Fred – Falta y tiro libre.

Carla – ¿No será un penalti?

Alex – Ah, no. Es el descanso.

Alpha – Ah…

Béa – Solo espero que gane el Marsella…

Carla – Igual ya se ha acabado el partido.

Oméga – ¿Y quién ha ganado?

Fred – No, todavía no…

Alpha – Creía que había terminado.

Manu – Están en la prórroga.

Alpha – ¡Goooooool!

Oméga – ¿Ha ganado el Paris Saint-Germain?

Alex – Sabía que acabaría mal.

Manu – No, el árbitro acaba de señalar fuera de juego.

Béa – ¡Salvados por el pito…! *(Se corrige a toda prisa.)* ¡Por el silbato del árbitro, quiero decir! De momento…

Oméga – ¿Fuera de juego? ¿Qué es eso?

Todos intercambian miradas.

Fred – Es de esas cosas dificilísimas de explicar a un extraterrestre. Y más aún si es hembra.

Oméga – ¿Más que la sodomía?

Béa – Más o menos.

El comentarista continúa narrando el partido.

Carla – ¡Ahora van a los penaltis!

El comentarista anuncia la victoria del Olympique de Marsella.

Alpha – Entonces ha ganado el Marsella, ¿no?

Alex – ¡Exactamente!

Alpha se pone en pie de un salto.

Alpha – ¡Campeones, campeones! ¡Oé, oé, oé!

Oméga – Pero no había fuera de juego.

Alpha – ¿Cómo que no había fuera de juego?

Oméga – Tendría que haber ganado el Paris Saint-Germain.

Alpha *(mecánicamente)* – ¡Campeones, campeones! ¡Oé, oé…!

Oméga saca su pistola láser.

Oméga – Yo voy con el Paris Saint-Germain.

Alpha – ¡Pues yo con el Marsella!

Ante la mirada horrorizada de los otros, ambos se disparan al mismo tiempo y caen fulminados.

Carla – Por lo menos nos hemos librado de ellos.

Manu – No sé si es una buena noticia. ¿Quién nos devolverá a la Tierra?

Alex – ¡Tenemos que reanimarlos como sea!

Manu intenta despertarlos, sacudiéndolos.

Manu – ¡Eh! ¡Despierten!

Fred – Igual se les han agotado las pilas.

Béatrice se acerca a los caídos.

Béa – Déjenme a mí, que soy enfermera…

Alex – Auxiliar de enfermería.

Béatrice le da a Alpha un beso apasionado. Poco después, él despierta.

Alpha – ¿Qué ha sido eso?

Oméga despierta también.

Oméga – ¿Qué ha pasado?

Alex – Tranquilos. Todo va bien.

Alpha – Pero… ¿dónde estamos?

Oméga – ¿Y ustedes quiénes son?

Alpha – ¿Nos han secuestrado?

Manu – ¡Joder, no…!

Fred – Si no recuerdan nada, estamos metidos en un buen lío.

Alex – ¡Ustedes nos secuestraron a nosotros!

Béa – ¡Son marcianos!

Oméga – ¿Marcianos?

Alpha – ¡Ah, sí! Recuerdo el partido.

Oméga – ¿Quién ganó?

Alex – Pues…

Carla – Empate. Ha acabado en empate.

Fred – Espero que recuerden cómo se pilota una nave espacial.

Oméga – ¿Una nave espacial?

Alpha – ¿Qué es eso?

Oméga – Ah, sí… Así llaman los humanos a nuestro vehículo.

Alex – Menos mal. Parece que les vuelve la memoria.

Alpha y Oméga se levantan.

Alpha – Perdón. No sé qué me ha pasado.

Oméga – Debe de ser el fútbol.

Alpha – Sí… Parece que vuelve idiota a cualquiera.

Fred – Por lo menos algo han aprendido.

Alex – Entonces, ¿qué piensan hacer con nosotros?

Alpha – El fútbol, el fútbol, el fútbol…

Carla – Espero que no le haya dado un cortocircuito.

Oméga – Los devolveremos a su planeta.

Béa – ¿Y no van a convertir la Tierra en un vertedero?

Fred – No se preocupen. Ya nos encargaremos nosotros de hacerlo.

Alpha y Oméga dan unos pasos, todavía un poco rígidos, para recuperarse del todo.

Alex – Para ser extraterrestres, no parecen muy espabilados.

Manu – También hay que tener en cuenta una cosa…

Fred – ¿Cuál?

Manu – Los han mandado aquí para vaciar cubos de basura.

Alex – ¿Y qué?

Manu – Digo yo que no serán los más inteligentes de su planeta.

Fred – ¡Eso sí que es una observación brillante!

Manu – ¡Que es broma! ¡Es humor!

Béa – ¡Pero se dan cuenta! ¡Hemos salvado el planeta!

Carla – Y usted, hermana, se ha entregado en cuerpo y alma.

Alex – ¡Cuando se lo contemos a nuestros amigos…!

Alpha y Oméga ya se han repuesto.

Oméga – Lo sentimos, pero no podrán contarle nunca a nadie esta aventura.

Fred – ¿Entonces vamos a terminar en un cocido?

Oméga – Creo que probaremos con otra receta. *(Todos se horrorizan.)* ¡Que no, que estoy bromeando! ¡Eso es humor!

Carla – Qué gracioso.

Alex – Muchísimo.

Fred – ¿Entonces qué?

Alpha – Un pequeño disparo con nuestro «secador» y se olvidarán de todo.

Les dispara con su pistola de rayos.

Oscuro. Elipsis.

Vuelve la luz.

Alex y Fred están sentados frente a un televisor encendido, que se supone situado detrás del público. Llevan camisetas del Paris Saint-Germain. Ambiente cotidiano de una velada de fútbol entre amigos.

Alex – ¿Crees que tenemos alguna posibilidad esta noche?

Fred – Si no nos sacan una o dos tarjetas rojas…

Carla entra llevando unas cervezas.

Carla – ¿Una cervecita?

Fred – Venga.

Alex – No hay partido de verdad sin una cerveza.

Manu entra también, vestido con una camiseta del Paris Saint-Germain.

Manu – ¿No me he perdido el principio?

Fred – ¡Qué va! Tranquilo.

Carla – ¡La revancha! El partido de vuelta. ¡Esta vez no podemos fallar!

Alex – No va a ser fácil.

Fred – Y encima el Marsella juega en casa.

Manu – ¿Béa no ha llegado?

Carla – Está al caer.

Manu – Eso espero. ¡Tiene que traer los cacahuetes!

Alex – Qué gusto volver a vernos todos.

Carla – Ya ves…

Manu – Oye, ¿cómo nos conocimos nosotros?

Alex – Qué raro… No me acuerdo de nada.

Carla – Ni yo.

Fred – Y eso que somos buenos amigos.

Alex – Aunque somos muy diferentes.

Carla – Pero a todos nos gusta el Paris Saint-Germain, ¿no?

Suena el timbre de la puerta.

Alex – ¡Ya llegan los cacahuetes!

Fred – Voy a abrir. *(Sale y sigue hablando fuera de escena.)* ¡Béa! ¡Te esperábamos como al Mesías!

Fred regresa con Béatrice.

Béa – ¡Hola a todos!

Alex – Hola, Béatrice.

Carla – Deja el abrigo por aquí.

Béatrice se quita el abrigo. Debajo lleva una camiseta del Olympique de Marsella. Además, se ve claramente que está embarazada.

Alex – ¡Vaya! ¡Eso sí que nos lo habías ocultado!

Béa – ¿Que soy seguidora del Marsella?

Fred – ¡Que estás embarazada!

Carla – ¡Pero qué maravilla!

Manu *(a Carla)* – ¿Antes no era monja?

Carla – Sí, pero eso fue antes. Cuando yo todavía tenía cuerpo de hombre.

Fred – ¿Y quién es el padre?

Béa – Se van a reír, pero… no lo sé.

Fred – ¿Te acostaste con todo el equipo del Paris Saint-Germain a la vez?

Béa – Soy virgen.

Todos estallan en carcajadas.

Alex – Venga, con nosotros no tienes que fingir. ¿Quién ha puesto al niño Jesús en el pesebre?

Carla – ¿No habrá sido el cartero?

Béa – Disculpen, necesito ir al baño. Ya saben… las cosas del embarazo.

Sale.

Alex – Esta Béa…

Manu – Me pregunto qué aspecto tendrá el crío.

Carla – ¡Y ni siquiera sabemos quién es el padre!

Vuelve a sonar el timbre.

Manu – ¿Esperamos a alguien más?

Fred – A lo mejor es el cartero.

Carla – Viene a reconocer al niño.

Alex – O a pedir el aguinaldo.

Manu – O son los Reyes Magos.

Alex – Casi es Navidad, al fin y al cabo.

Carla va a abrir.

Carla – Los Reyes Magos no son: ¡solo vienen dos!

Entran Alpha y Oméga con los mismos monos de antes, pero ahora llevan encima camisetas del Olympique de Marsella. Siguen moviéndose de forma un poco robótica. Todos se vuelven hacia ellos. Oméga también parece embarazada.

Fred – Serán los del servicio de basuras.

Alex – ¿Han venido a pedir el aguinaldo de Navidad?

Regresa Béatrice.

Alpha – Hemos venido para el partido de vuelta.

Oméga – ¿No estamos fuera de juego?

Todos los observan, desconcertados.

Oscuro.

FIN

El autor

Nacido en 1955 en Auvers-sur-Oise, Jean-Pierre Martinez sube primero a las tablas como baterista en varias bandas de rock, antes de convertirse en semiólogo publicitario. Luego fue guionista de televisión y volvió al escenario como dramaturgo. Escribió un centenar de guiones para la pequeña pantalla y más de cien comedias para el teatro, algunas de las cuales ya son clásicas (*Viernes 13* o *Strip Poker*). Actualmente es uno de los autores contemporáneos más representados en Francia y en los países francófonos. Por otra parte, varias de sus piezas, traducidas al español y al inglés, están regularmente en cartelera en Estados Unidos y América Latina.

Para los aficionados o los profesionales que buscan un texto para montar, Jean-Pierre Martinez ha optado por ofrecer sus piezas como descarga gratuita desde sus sitios web :

https://jeanpierremartinez.net/

https://comediatheque.net/

Sin embargo, los derechos de representación, que constituyen una remuneración justa por el trabajo del autor, son una obligación legal. Tanto si se trata de una compañía amateur como profesional, debe solicitar autorización para representar la obra y abonar los derechos correspondientes a la producción.

Jean-Pierre Martinez está representado por la Sociedad de Autores y Compositores Dramáticos (SACD).

Para ponerse en contacto con Jean-Pierre Martinez y solicitar autorización para representar una de sus obras, utilice el formulario de contacto disponible en sus sitios web.

Tras comenzar su trayectoria como baterista, Jean-Pierre Martinez ha regresado recientemente a la música, creando canciones originales inspiradas en sus poemas y sus obras de teatro.

Con Jean-Pierre Martinez Music, prolonga ese universo en forma de canciones originales: relatos breves, humorísticos o melancólicos, en los que la canción se convierte a veces en una pequeña escena teatral.

https://jeanpierremartinezmusic.com/

Comedias de Jean-Pierre Martinez traducidas en español

Monólogos

Como un pez en el aire
Happy Dogs
Relatos

Comedias para 2

Arrepentimiento
Cara o Cruz
Cuidado frágil
El Batín
El Joker
El Último Cartucho
Ella y Él, Monólogo Interactivo
Encuentro en el andén
EuroStar
La Cuerda
La ventana de enfrente
Los Náufragos del Costa Mucho
Ni siquiera muerto
Nochevieja en la morgue
Preliminares
Réquiem por un Stradivarius
Ruleta rusa en el Kremlin
Un sueño de casa
Una vocación frustrada
Zona de Turbulencias

Comedias para 3

13 y Martes
Cartas sobre la mesa
Cosas del Azar
Crash Zone
Cuidado frágil
El Contrato
Horizontes
Ménage à 3
Plagio
Por debajo de la mesa
Un breve instante de eternidad
Un pequeño asesinato sin consecuencias
Un pequeño paso para una mujer…

Comedias para 4

Amores a Ciegas
Apenas un instante antes del fin del mundo
Cama y Desayuno
Crisis y Castigo
Cuarentena
Cuatro Estrellas
Déjà vu
Denominación de Origen no Controlada
Despedida de casados
Después de nosotros el diluvio
El Contrato
El cuco
El olor del dinero
El yerno ideal
Foto de Familia
Gay friendly
Happy Hour
¿Hay algún autor en la sala?
¿Hay algún crítico en la sala?
La Pecera
Las Pirámides
Los Suegros Ideales
Los Turistas
Nuestros peores amigos
Regreso a la escena
Resaca
Strip Póker
Un Ataúd para Dos
Un esqueleto en el armario
Un Matrimonio de cada dos
Una Noche infernal

Comedias para 5 o 6

Atasco en el Camino del Cementerio
Bien está lo que mal empieza
Patis y Castigo
El Rey de los Idiotas
El Sorteo del Presidente
Érase una vez en la web
Flagrante delirio
Los Náufragos de Nochevieja
Los Rebeldes
Nochebuena en la comisaría
Pronóstico Reservado
Sin flores ni coronas
Un bulevar sin salida

Comedias para 7 o más

A corazón abierto
Bar Manolo
Batas blancas y humor negro
¡Bienvenidos a bordo!
Como una película de Navidad…
Crisis y Castigo
Dedicatoria especial
El pueblo más bonito de Francia
El infierno son los vecinos
El peor pueblo de España
El reverso del escenario
El Sorteo del Presidente
Error de la funeraria a tu favor
Frutas y verduras
Fuera de juego
Jaque Mate
La función no está cancelada
Los Flamencos
Había una vez un barco chiquitito
Milagro en el Convento de Santa María-Juana
Nicotina
Nochebuena en la comisaría
No siempre la música amansas a las fieras
Prehistorias grotescas
Reality Show
Un pueblo tan bonito

Comedias de sainetes (sketches)

A corazón abierto
A ratos
Albán y Eva
Apocalipsis
Asesinos de bromas
Aviso de paso
Breves de confinamiento
Breves de escena
Breves de parque
Breves del Tiempo Perdido
De Animales y Hombres
De verdad y de broma
¡Demasiado es demasiado!
Dramedias
Ella y Él, Monólogo Interactivo
En blanco
Entre Bastidores
Escenas callejeras
Historias insólitas
La Barra
Memorias de una maleta
Muertos de la Risa
Sin Sentido Prohibido
¡Tranquilo!

Todas las obras de Jean-Pierre Martinez pueden descargarse gratuitamente desde sus sitios web:

https://jeanpierremartinez.net/

https://comediatheque.net/

Este texto está protegido por las leyes relativas a los derechos de propiedad intelectual.
Toda falsificación es punible con condena de
hasta 300.000 euros y tres años de prisión.

Aviñón – Junio de 2024

ISBN 978-2-38602-218-0

© La Comédiathèque

Obra descargable gratuitamente.